

ERNESTO MEJIA SANCHEZ

Homenaje a Quevedo

*Cayóseme la lista de la mano
en este punto, y dijo el dios: —Con estos
que has referido está el negocio llano.*

*Haz que con pies y pensamientos prestos
vengan aquí, donde aguardando quedo
la fuerza de tan válidos supuestos.*

*—Mal podrá Don Francisco de Quevedo
venir— dije yo entonces; y él me dijo:
—Pues partirme sin él de aquí no puedo.*

*Ese es hijo de Apolo, ése es hijo
de Calíope musa: no podemos
irnos sin él, y en esto estaré fijo.*

*Es el flagelo de poetas memos,
y echará a puntillazos del Parnaso
los malos que esperamos y tememos.*

*—¡Oh, señor —repliqué—, que tiene el paso
corto, y no llegará en un siglo entero!
(Del Viaje del Parnaso, no te espantes).*

*—Que tenga el paso tardo y aun rastrero,
qué le importa a Mercurio y a Cervantes
y a los cojeantes poetas del pandero.*

*Darán de coces por llegar primero
al parnasiano Monte de las Musas
o al Monte venusino verdadero.*

*Más no podrán ni darme mano amiga
con homenajes lindos por excusas;
en las zahurdas de Plutón auriga*

*tengo mi casa llena de futuro
hecho de envidias, odios y despecho;
de reyes y validos no me curo*

*ni el erudito de vidriado techo
le da tormento al entrecejo duro.
Al Veinte Siglo veo tan deshecho*

como mi rostro en cuatrocientos años,
los quevedos del nombre y el bigote
velazqueño de aquel retrato engaños,

polvo serán de Góngora y Argote,
celebrado por todos y aun Cernuda
rara e indigna pasión por estrambote.

Nadie me responde. Tal vez Neruda
para mientes en mí, extrae muerte
de mis sonetos, lápidas sin duda.

Todo lo que decae y yace inerte
halló en mi corazón durante el viaje
fatal, entre los muertos el más fuerte.

El otro Borges en su malevaje
quiso hacer menoscabo de grandeza
y viceversa con mi mismo traje.

Ni una cosa ni otra es la entereza:
a Reyes veo hurgando cartapacios,
páginas escogidas con certeza,

y por Mateo Rosas los espacios
de las Indias ladinas voy Oquendo.
Juana Inés de la Cruz por los reacios

jueces es condenada en el horrendo
certamen que mis buenos valedores
me erigen de siglo en siglo huyendo.

Juan del Valle Caviedes, tus humores
satíricos de peruano Quevedo
corren parejas, ambos señaladores,

con el Lizardi mexicano, *apud* Castedo,
de la infamia, el ridículo y la uña
mi mosca muerta son, mi flaco dedo,

corroborados por Miguel Vicuña.
Celebrado por Ruiz y por el Tierno
profesor podré ser ruseñor por una
noche cuaternaria no más de invierno
con mi epitafio, la sangrienta luna

Madrid, 22 de noviembre de 1980

